

# COLECCIONES Y MUSEOS de la Independencia a la Revolución



Susana Avilés Aguirre

Aunque las colecciones de acervos naturales e históricos permanecieron reunidas a lo largo de centurias y hasta el siglo XIX, su desmedido crecimiento obligó a que se les separara definitivamente en recintos diferentes. Fruto de este proceso es el actual Museo Nacional de Historia, Castillo de Chapultepec, fundado en 1939 por el general Cárdenas.

Cuando para romper la rutina, o como parte de las actividades recreativas del fin de semana, decidimos visitar el Castillo de Chapultepec –al subir la rampa que conduce hasta esa majestuosa construcción–, quizá alguna vez nos hemos preguntado: ¿cuándo se formó el Museo Nacional de Historia? ¿Cómo llegaron hasta este emblemático lugar las colecciones que resguarda?

Algunos conocerán las respuestas; otros tal vez no estén muy seguros de ellas. Esta breve reseña tiene como objetivo recordar, si no todos, aquellos intentos más significativos para integrar un coleccionismo ordenado y sistematizado en diferentes ramas del conocimiento que, por diversos motivos, no pudieron sobrevivir al momento de su formación hasta llegar, finalmente, a lo que hoy conocemos como Museo Nacional de Historia, Castillo de Chapultepec. He aquí la historia.

## El mundo prehispánico

Un primer intento de importancia tuvo su origen en el mundo prehispánico, hacia el siglo XV, en los jardines señoriales creados por los *tlatoani mexicas*, donde se reunió y preservó una gran variedad de la flora y fauna de la región mesoamericana, no sólo para el deleite exclusivo de las familias gobernantes, sino también para su estudio y aplicación curativa.

A su llegada a la ciudad de *Mexico-Tenochtitlan* en noviembre de 1519, Hernán Cortés se sorprendió al ver en los jardines señoriales indígenas que animales y



La Coatlicue,  
diosa de la tierra  
y la fertilidad

plantas (al igual que hombres y mujeres deformes) integraban los valiosos ejemplares de su colección. Tiempo después, muy poco fue lo quedó de ellos; con la guerra de conquista estos jardines fueron desatendidos hasta caer en el total abandono y, por consiguiente, en el olvido.

En los primeros años de vida virreinal, la corona española ordenó reunir todos aquellos documentos y vestigios de los pueblos autóctonos con el fin de conocer la historia del territorio conquistado. Para la organización de estas colecciones de carácter histórico se contó con la valiosa colaboración de renombrados misioneros y cronistas como Bernardino de Sahagún, Toribio de Benavente, Andrés de Olmos, Bartolomé de las Casas, Pedro Mártir de Anglería y Gonzalo Fernández de Oviedo, entre otros, quienes se preocuparon por llevar a cabo un riguroso control de la información y materiales que llegaban a sus manos.

Asimismo, la riqueza de la fauna y flora del nuevo mundo llegó a oídos del viejo continen-

te, despertando la curiosidad y el interés de varios estudiosos europeos. El rey Felipe II, sabedor de la riqueza natural existente en las tierras recién conquistadas, y a fin de mantener el poderío comercial de la corona española, eligió al protomédico Francisco Hernández para realizar exploraciones en suelo novohispano con el propósito de registrar, compilar y dibujar los ejemplares naturales más representativos de la región. Cerca de siete años duró esta primera expedición científica, iniciada en 1570, con resultados muy importantes en la investigación de plantas medicinales, sin menospreciar otros atributos como, por ejemplo, su valor ornamental; la *Historia natural de Nueva España*, escrita por el Protomédico de Todas las Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano, se extravió durante poco más de dos siglos en los archivos de los salones reales, hasta 1785, cuando parte de ella fue encontrada.

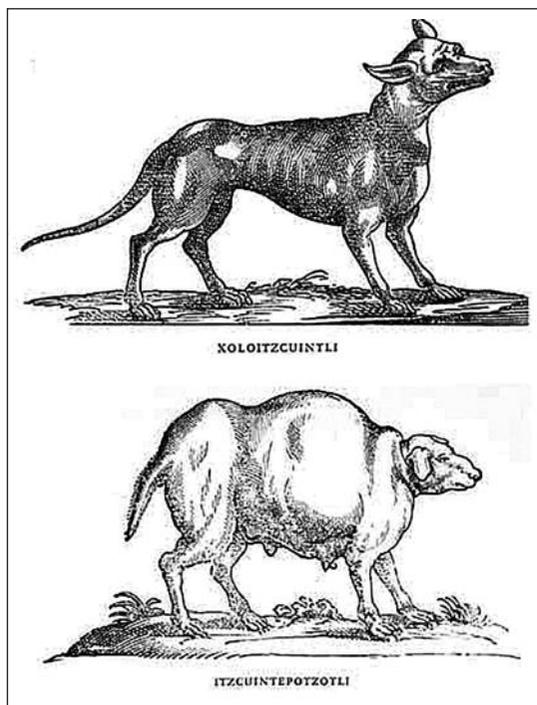
### Colecciones en el Virreinato

Fue a partir de los siglos XVII y XVIII cuando estudiosos europeos, a través de la observación de la naturaleza, comenzaron a explicarse los acontecimientos cotidianos, sustituyendo las interpretaciones religiosas por el método científico para encontrar las pruebas necesarias como fundamento de sus propuestas y teorías. Así, objetos y colecciones pasaron a ser parte esencial de los centros de enseñanza.

El trabajo de los primeros coleccionistas del siglo XVII fue el que apoyó, en gran medida, la conformación de los primeros gabinetes en México. Entre ellos cabe destacar la labor del científico e historiador criollo don Carlos de Sigüenza y Góngora (1645-1700) y, más tarde, la de Lorenzo Boturini Benaducci (1702-c.1755), nacido en el Milanesado cuando aún este ducado estaba bajo el dominio español, por haber rescatado en gran parte la cultura de los pueblos prehispánicos.

De hecho, uno de los méritos de Sigüenza fue el de coleccionar manuscritos y objetos prehispánicos, con el objeto de exaltar el pasado indígena a través de su historia, así como su valiosa participación en el suceso conocido como el “motín del 8 de junio de 1692”, al salvar del fuego gran parte de los documentos del archivo virreinal y la colección pictórica del ayuntamiento.

Por otro lado, Boturini llegó a América encomendado por la condesa de Moctezuma, descendiente directa del emperador Moctezuma II, para realizar una investigación en la Nueva España sobre la historia de su linaje real mexicana, lo que causó cierto malestar entre las autoridades virreinales. Primero, porque se



**Figura 1.** Perros, tomado de: Francisco Hernández, *Historia natural de Nueva España*.

vieron obligados a pagar las deudas contraídas por la corona con los descendientes del *huey tlatoani mexicana Motecuhzoma*, y segundo, porque Boturini organizó una colecta, sin autorización del Consejo de Indias ni del virrey, para recaudar fondos para coronar la imagen de la Virgen de Guadalupe.

Todo el dinero, destinado al proyecto original, Boturini lo ocupó en adquirir códices, mapas y pinturas indígenas, colección con la que formó su “Museo Histórico Indiano” entre 1736 y 1742. Al año siguiente, 1743, el virrey Pedro Cebrián y Agustín, conde de Fuenclara, ordenó tomarlo prisionero. El dinero recaudado le fue confiscado, y se incautaron y destruyeron antiguos documentos prehispánicos y virreinales de gran valor histórico. Se cree que algunos manuscritos salvados de la destrucción se integraron, en 1775, al acervo de la biblioteca de la Real y Pontificia Universidad de México; orden dictada por el virrey don Antonio María de Bucareli y Ursúa para reunir todos los archivos y documentos encontrados referentes a las antigüedades, por considerar a este sitio como el más indicado para su uso y resguardo.

Por otro lado, no hay que olvidar los deseos del jesuita criollo Francisco Javier Clavijero por crear un museo para preservar, estudiar y mostrar la esencia de América, y de esta manera materializar las diversas visiones del pasado a pesar de que, durante casi todo el periodo virreinal, predominó la intención de las autoridades reales y locales de destruir o cubrir los restos del pasado prehispánico, con el propósito de garantizar su poder y dominio sobre los territorios conquistados.

A finales del Siglo de las Luces, y durante todo el siglo XIX, un fenómeno se generalizó en Europa: la creación de grandes museos nacionales y públicos, promovidos y auspiciados por el gobierno del Estado. Ejemplo de ello fue la creación del Museo del Louvre en 1793, cuando la Francia revolucionaria se apoderó de tesoros y acervos de la monarquía derrocada para crear el concepto de museo público.

Al igual que en el viejo continente, la creación de museos y galerías también se dio en la Nueva España a fines del siglo XVIII, como reflejo de las necesidades culturales y económicas de la época. Hasta entonces, las colecciones sólo eran apreciadas por algunas personas y se ubicaban en iglesias y conventos, cumpliendo por completo una función religiosa.

Fue durante el corto gobierno del virrey Manuel Antonio Flores Maldonado Martín de Angulo y Bodquín (agosto 1787-octubre 1789) cuando surgió un gran florecimiento cultural e intelectual, con notable preponderancia en las ciencias. En 1787 llegó a la ciudad de México una comisión de naturalistas



Figura 2. Lorenzo Boturini Benaducci, tomado de: [www.wikipedia.com](http://www.wikipedia.com)

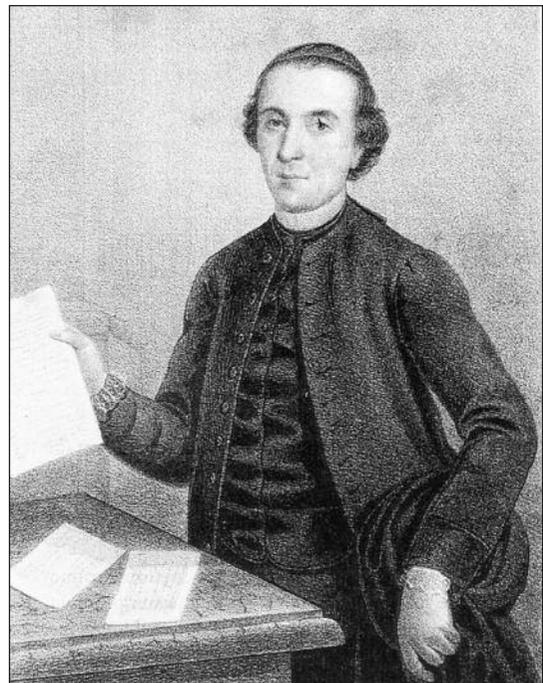
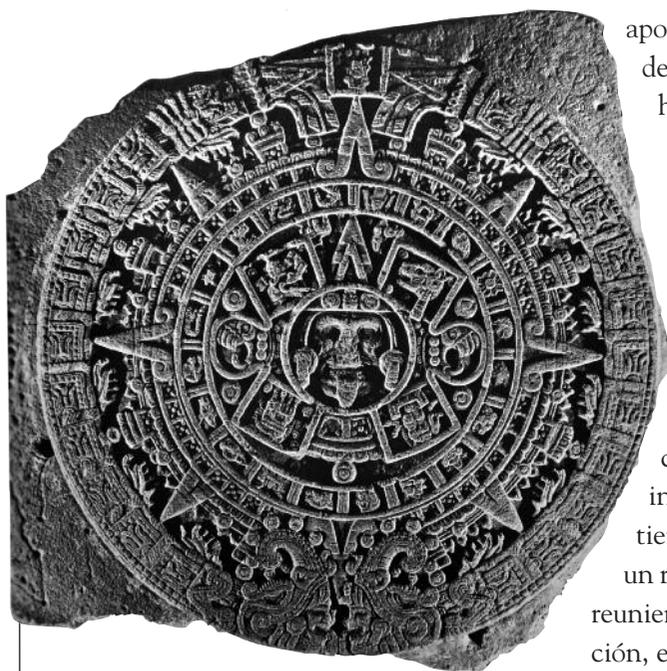


Figura 3. Francisco Javier Clavijero, Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional.



**Figura 4.** Calendario azteca, Instituto Nacional de Antropología e Historia.

enviada por el rey Carlos III para estudiar y coleccionar plantas, animales y minerales existentes en la Nueva España con el fin de completar e ilustrar los dibujos y manuscritos que el doctor Francisco Hernández había realizado a partir de 1570. De dicha expedición científica, y como resultado de los trabajos realizados, se inauguró el Jardín Botánico en 1788, y se fortaleció la obra científica y educativa del Colegio de Minería, una de las mejores instituciones tanto en América como en Europa, pues contaba entre sus profesores y directivos con algunos de los sabios de mayor reconocimiento en esa época, como Fausto de Elhuyar y Andrés Manuel del Río, descubridores del tungsteno y vanadio, respectivamente, elementos químicos incluidos en la tabla periódica de Mendeleiev.

El patriotismo criollo, que comenzaba a extenderse por algunos sectores de la sociedad novohispana, encontró un mayor fundamento en 1790 con el descubrimiento de grandes monolitos como la *Coatlicue*, el *calendario azteca* y la *pedra de Tizoc*, durante los trabajos realizados para nivelar y empedrar la plaza mayor de la ciudad de México. De inmediato, el virrey Juan Vicente Güemes Pacheco y Padilla, segundo conde de Revillagigedo, ordenó la conservación de todos los monumentos arqueológicos y reliquias prehispánicas encontradas o que se desenterraran, al disponer que se reubicaran en la universidad para su conservación y estudio, excepto el *calendario azteca*, colocado al pie de la torre Oeste de la Catedral.

La fundación del Jardín Botánico, a pesar de contar con el apoyo real y el entusiasmo de sus organizadores, en un lapso de dos años intentó establecerse en cuatro sitios diferentes hasta que, por fin, se aceptó la propuesta del propio virrey Revillagigedo para ubicarlo en el pequeño jardín contiguo al Palacio Virreinal. A pesar de las desavenencias, el interés personal de Vicente Cervantes por instaurar en él los estudios de botánica le permitió quedarse como titular del nuevo centro hasta su muerte, acaecida en 1829.

En el jardín del Palacio Virreinal, Cervantes adaptó el espacio para las plantas, llevó tierra especial y separó con vidrios una sección destinada a la actividad docente, iniciando las actividades de la cátedra en 1788. En poco tiempo, el Jardín Botánico y su cátedra se convirtieron en un renombrado centro de estudios; Cervantes y sus discípulos reunieron cerca de seis mil especies destinadas a la investigación, entre ellas el “árbol de las manitas”, muy codiciado por su rareza. En su viaje por Nueva España, en abril de 1803, el barón Alexander von Humboldt describió este sitio como “muy pe-

queño, pero en extremo rico en producciones vegetales raras o de mucho interés para la industria y el comercio”.

En este mismo año, para conmemorar la proclamación al trono de Carlos IV, finalmente se abrió, el 25 de agosto, el Museo de Historia Natural en una de las “casas de Estado”, ubicada en el número 89 de la calle de Plateros, conocida hoy como Madero, bajo la dirección del naturalista español José Longinos Martínez. Su contenido y ordenamiento fueron semejantes a los museos europeos de la época, donde sobresalieron temas de historia natural, botánica, química, física, anatomía, mineralogía y matemáticas; contaba también con equipos para estudio de la física y la óptica. La clasificación y organización del herbario se adecuó a la nomenclatura binómica del naturalista sueco Carl von Linneo (1707-1778), con rótulos generales y particulares en cada una de las piezas para indicar los aspectos más representativos.

El museo sirvió de simiente para la creación de establecimientos posteriores, como el Museo de Historia Natural de Nueva Guatemala, en diciembre de 1797, por lo que el director radicó algún tiempo en aquella región para organizar dicho museo. Tiempo después, en uno de sus últimos intentos por permanecer en territorio americano, Martínez buscó sin éxito el respaldo de las autoridades españolas para formar otro museo de historia natural en la zona de Chapultepec. Antes de embarcarse rumbo a España, José Longinos Martínez falleció en Campeche en noviembre de 1802.

Su larga ausencia de la ciudad de México y posteriormente su muerte hicieron que el Museo de Historia Natural de la calle de Plateros tuviera una vida corta, pues, aunque había sido creado como una derivación de la expedición botánica e inaugurado y reconocido por las autoridades virreinales, nunca dejó de ser un proyecto personal de José Longinos Martínez. Esta primera institución museística cerró sus puertas al poco tiempo de haberse formado, y los restos de las colecciones se trasladaron y colocaron en una sala del Real Colegio de San Ildefonso para su exhibición al público.

### Museos en el México independiente

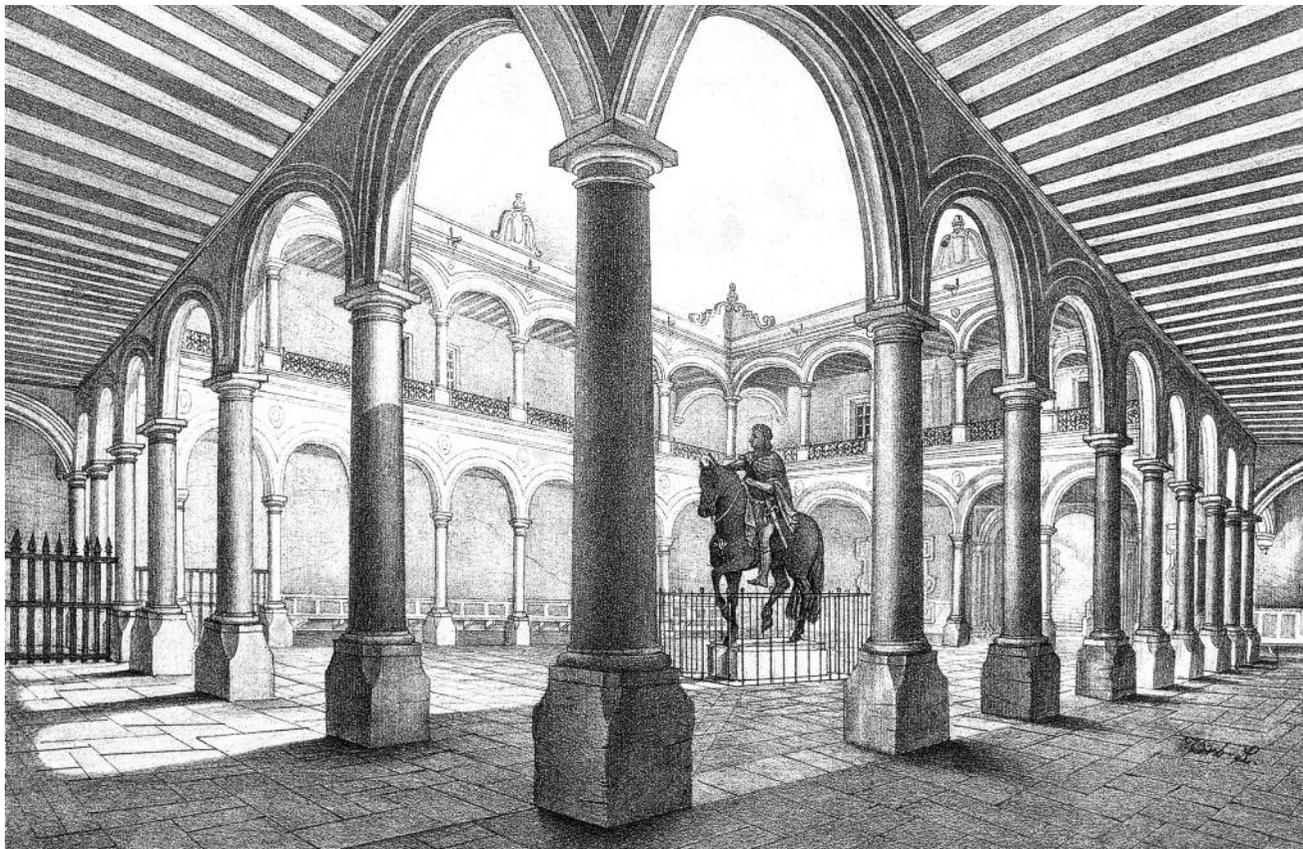
Tiempo después, al estallar la guerra de Independencia, y durante los once años de lucha armada, este museo fue víctima de la desorganización, y su menguado acervo se concentró en un local de la Biblioteca Nacional. Con el triunfo del ejército insurgente, el primer gobierno independiente aprove-



chó tanto las colecciones guardadas en la Biblioteca de la Universidad como aquellas exhibidas en el Museo de Plateros para establecer el Conservatorio de Antigüedades y un Gabinete de Historia Natural en 1822.

Pero fue hasta el 18 de marzo de 1825 cuando un acuerdo dictado por el primer Presidente de la República, general Guadalupe Victoria, formalizó definitivamente la creación del Museo Nacional. En el documento se ordenó la formación de un Museo Nacional con las antigüedades resguardadas por la Universidad, así como con aquellas localizadas en diversos sitios de la capital.

Este nuevo museo se ubicó en uno de los salones del recinto educativo, y la estatua ecues-



**Figura 5.** Interior de la Universidad de México. Litografía de Pedro Gualdi tomada de: *Litografía y grabado en el México del XIX*.

tre de Carlos IV, mejor conocida como “El caballito”, trasladada en mayo de 1824 de la Plaza de la Constitución al patio de la Universidad, constituyó una pieza de gran valor para la naciente institución.

También por orden del presidente Victoria, en mayo de 1826 se formuló su primer reglamento donde se estableció que la institución llevaría el nombre de Museo Nacional Mexicano, y sus objetivos serían reunir y conservar todo aquello que facilitara el más exacto conocimiento de nuestro país, abarcando diversos temas como población primitiva, origen y progreso de las artes y ciencias, religión y costumbres de los mexicanos, productos naturales y propiedades del suelo y clima. Durante los años siguientes la sección relativa a la historia natural incrementó su colección de plantas secas, al grado de ver la posibilidad de formar el herbario de la República, y así se anexó a la

institución un conservatorio de plantas vivas en el bosque de Chapultepec.

Fue hasta el 21 de noviembre de 1831 cuando el Secretario de Relaciones —el escritor, político e historiador don Lucas Alamán y Escalada— ordenó la creación formal del museo, al dividir, bajo el nombre de Museo Nacional, el acervo en tres departamentos: Antigüedades, Productos de industria e historia natural, y Jardín botánico.

En esa misma década el museo contó con el valioso apoyo del naturalista mexicano Miguel Bustamante, quien se encargó de la Sección de Historia Natural, organizó las colecciones y dictó la cátedra de botánica. A su muerte, en el Museo Nacional no se volvió a registrar alguna actividad en cuanto a los acervos naturales por un buen tiempo.

Entre 1846 y 1848, periodo en el que el país sufrió la invasión norteamericana, el Museo Nacional permaneció cerrado y, al ver avanzar el ejército enemigo sobre la capital del país, el Ministerio de Relaciones ordenó al conservador, si juzgaba conveniente, poner a salvo los objetos más valiosos depositándolos en manos de particulares.



**Figura 6.** Vista de la toma del Chapultepec. Litografía de Karl Nebel tomada de: *Litografía y grabado en el México del XIX*.

### El Castillo de Chapultepec y el Museo Nacional

Años más tarde, iniciado el imperio de Maximiliano, en 1864 se retomaron las colecciones naturales del extinto Museo Nacional no sólo por la simpatía del emperador hacia las cuestiones científicas, a través del establecimiento de la Comisión Científica por parte del general Bazaine, o por la incansable actividad recolectora de su amigo el científico Domingo Billimeck, sino también por el gran desconocimiento y la carencia de objetos relacionados con la historia de México.

Por ello, a fines de noviembre de 1865, Maximiliano I, con el interés de restituir a México los testimonios antiguos, dirigió una nota a su Ministro de Instrucción Pública y Cultos, don Francisco Artigas, para expresarle su deseo de establecer en el Palacio Imperial un museo público de historia natural, arqueología e historia, al que se integraría una biblioteca para reunir los libros pertenecientes a la Universidad y a los antiguos conventos. Al mes siguiente, se expidió el decreto que estableció el Museo Público de Historia Natural, Arqueología e Historia, bajo la inmediata protección del emperador, quien tomó la ini-

ciativa de recuperar de algunos países europeos varias piezas de origen prehispánico, por lo que solicitó a su hermano Francisco José el envío de los objetos que se encontraban en los museos imperiales y que habían pertenecido al emperador *mexica Motecuhzoma*.

Después de varios meses de trabajo ininterrumpido, el 6 de julio de 1866 –fecha del trigésimo cuarto cumpleaños de Maximiliano–, los emperadores, acompañados por miembros de la Academia de Ciencias y Literatura, entre otros, inauguraron este Museo en el edificio de la antigua Casa de Moneda; dicha institución se dividió en tres departamentos: Historia Natural, Arqueología e Historia, y Biblioteca. De ellos, el primero fue el más organizado, con ejemplares mineralógicos guardados desde mucho tiempo atrás. El buen estado de algunas especies de fauna y flora, junto con los objetos de los tres reinos compilados por Billimeck,



**Figura 7.** Maximiliano de Habsburgo, tomado de: [www.wikipedia.com](http://www.wikipedia.com)

fueron suficientes para abrir este departamento. El herbario contaba con más de diez mil ejemplares, muchos de los cuales fueron traídos de Europa por el propio científico. Pero antes de la caída del segundo imperio mexicano, Billimeck abandonó el país para continuar con su afición coleccionista en el viejo continente. Muchos de los objetos reunidos, ordenados y preservados por él sirvieron para impulsar, posteriormente, la sección de Historia Natural; todavía, al iniciarse el siglo XX, fueron motivo de estudio para los profesores del Museo Nacional.

El Jardín Botánico también se vio afectado por los desórdenes políticos y sociales de la primera mitad del siglo XIX, que afectaron la organización y funcionamiento de sus acervos, a pesar de la importancia de éstos para apoyar el desarrollo científico del país. A lo largo de este siglo hubo múltiples intentos por establecerlo, principalmente, en la zona de Chapultepec,

pero sin ningún éxito, y durante el gobierno del emperador quedó separado definitivamente del Museo Nacional.

Tras la caída de Maximiliano y el restablecimiento del gobierno de la República, el Museo recuperó el nombre de “Nacional” y, a pesar de que la antigua Casa de Moneda no se destinó exclusivamente para su uso, se reparó gran parte del edificio, salas y vitrinas para exhibición.

Restablecido el museo por el gobierno juarista en agosto de 1867, su operación y apertura al público estuvieron en función de las colecciones naturales ya que, desde el punto de vista museográfico, sólo los ejemplares de este tipo eran los más numerosos y mejor organizados. Con las muestras de minerales, así como botánicas y zoológicas conservadas en buen estado durante los últimos meses, se dispuso de una buena exhibición en las vitrinas dentro de una museografía simple, pero bajo el orden impuesto por cada disciplina científica.

La adopción de la filosofía positivista como fundamento de la enseñanza en México, encabezada por Gabino Barreda, reforzó el aprovechamiento de estos acervos, ya que en adelante sirvieron de base para cumplir con las etapas necesarias en el método científico: razonar, observar y experimentar.

Primero se integraron los acervos de historia natural –biología, zoología y mineralogía–, tanto en el Museo Nacional como en la Escuela Preparatoria. La Escuela Especial de Ingenieros, antes Colegio de Minería, continuó con el fomento de sus colecciones mineralógicas, y en la década decimonónica de los setenta se inició la organización del Museo Patológico, para apoyar las cátedras de medicina. Las colecciones científicas se convirtieron así en elementos indispensables para reforzar una enseñanza moderna que permitiría llevar al país por los caminos del progreso.

Tal como se hizo con todas las instituciones del momento, se convocó a aquellos hombres educados en profesiones basadas en las ciencias exactas y naturales. Antonio del Castillo se encargó de las áreas de mineralogía, geología y paleontología del museo, y fomentó las de la Escuela de Ingenieros. El farmacéutico Gumsindo Mendoza ingresó al museo para ocuparse de las colecciones de zoología y botánica. El doctor Antonio Peñafiel se integró a esta institución como taxidermista y preparador de muestras naturales, y se sumó al equipo el entonces ayudante de naturalista, Jesús Sánchez. Durante los tres años siguientes en el Museo Nacional se realizaron las tareas de reunir, limpiar, ordenar, catalogar y preparar las piezas del acervo para su futura exhibición.

Cabe mencionar que el plan de gobierno del presidente Juárez iba mucho más allá de la simple acumulación de piezas; el

museo debía fortalecerse con el apoyo de científicos inquietos y comprometidos que, además de sus actividades académicas, estuvieran dispuestos a trabajar sobre los avances científicos, propiciar la investigación y difundir, a todos los niveles, los adelantos de su especialidad. Para ello, el 29 de agosto de 1868 se creó, dentro del Museo Nacional, la Sociedad Mexicana de Historia Natural, organización que encabezó la actividad científica mexicana a partir de la restauración del gobierno republicano.

Su primera misión fue la organización de la Comisión Exploradora de Tulyehualco, cuyos resultados rebasaron cualquier expectativa al obtenerse una cantidad importante tanto de muestras naturales como de antigüedades que ingresaron a las vitrinas del Museo. Con ello, además de la imagen como sitio de exhibición, le otorgó a la institución un perfil como centro de estudio y preservación de todo tipo de objetos valiosos.

Meses más tarde, la Sociedad Mexicana de Historia Natural creó la revista *La naturaleza*, que contó con el apoyo de los directores del museo, los científicos Gumesindo Mendoza y Jesús Sánchez, quienes facilitaron los materiales y la biblioteca para cualquier actividad de investigación, así como las salas del museo para las sesiones de trabajo, convirtiéndose de esta manera en sede de la sociedad, y ésta en el sitio principal de investigación e intercambio científico con el resto del país y el extranjero.

El 5 de febrero de 1871, el Museo Nacional abrió de nuevo sus puertas a través de la sección de Historia Natural, para exhibir aves, conchas y zoofitos, reptiles y peces, insectos y mamíferos, semillas nacionales y extranjeras, y ejemplares mineralógicos y paleontológicos, entre otros. En los siguientes años se desarrollaron en gran medida los acervos naturales del país, y las actividades de la Escuela Nacional Preparatoria se beneficiaron con el implemento del método científico, para lo cual se creó un gran número de gabinetes y laboratorios en las áreas de zoología, botánica, mineralogía, física y química, y cuya influencia se extendió hacia otras instituciones.

Aun cuando la administración juarista trató de establecerlo en el vasto edificio conocido como Ciudadela, fue inútil el esfuerzo, y el otrora célebre Jardín Botánico de la ciudad de México cayó completamente en el olvido. Aún con vida, algunas especies se trasplantaron al jardín del Antiguo Colegio de San Ildefonso, sede de la Escuela Nacional Preparatoria, donde sirvieron de apoyo a las cátedras impartidas en la institución. Al inicio de la década de los ochenta, este jardín contaba con una variada colección de plantas indígenas y exóticas que facilitaron el estudio de la botánica, así como algunas fieras enjauladas, útiles para la enseñanza de la zoología.



Figura 8. Benito Juárez, Fototeca del INAH-CNCA.

También fue a partir del gobierno de Benito Juárez cuando se inició una etapa de adquisición y reacomodo de las piezas prehispánicas; desde la antigua universidad se trasladaron la *Coatlicue* y la *piedra del Tizoc*. El *Chac Mool* descubierto en Chichen Itzá fue enviado desde Yucatán al Museo Nacional en 1877, con motivo de la conmemoración de la batalla del 2 de abril.

### Los museos en el porfiriato

Con la llegada del general Porfirio Díaz a la presidencia de la República, se inició una definitiva y constante etapa de desarrollo para el Museo Nacional. En 1877 se dividió en tres secciones: Historia Natural, Arqueología e Historia, se hicieron importantes obras de decoración y se introdujo el alumbrado de gas para continuar los estudios en un horario nocturno. También se dispuso un salón con lo necesario para instalar una biblioteca como apoyo

a los profesores y con acceso al público, y se instaló un pequeño laboratorio para analizar minerales, plantas, etcétera. Se adquirieron piezas para exhibición en el Departamento de Arqueología y para las secciones de Paleontología, Zoología y Botánica, así como obras especializadas para la Biblioteca. Por último, en el mes de julio de ese año, comenzó la publicación del órgano informativo de las labores y temas de investigación del Museo Nacional, los *Anales*.

La influencia del positivismo y las teorías evolucionistas en boga, así como el crecimiento económico del país, se reflejaron en la ampliación del Departamento de Historia Natural. Tres años más tarde, las colecciones originales se incrementaron notablemente y las nueve salas de exhibición fueron insuficientes, por lo que se dispusieron otros salones para el mismo objetivo. El paso del tiempo convirtió a muchas piezas exhibidas en objetos muy valiosos y dignos de una exposición especial, como por ejemplo los cuadros de José María Velasco y de



**Figura 9.** Porfirio Díaz, tomado de: [www.wikipedia.com](http://www.wikipedia.com)

Félix Parra, los ejemplares de taxidermia de Manuel Urbina y Nicolás Rojano, los moldes de Antonio Peñafiel y Jesús Sánchez, o las maquetas de Fernando del Castillo.

En 1877 el ingeniero Agustín Díaz formó la Comisión Geográfica-Exploradora para estudiar el país y formar la “Carta general de la República”. Los ejemplares reunidos se organizaron en importantes colecciones, muchas de las cuales se presentaron en las exposiciones internacionales. El éxito de este trabajo originó el establecimiento de un Museo de Historia Natural dependiente de la propia Comisión; se instaló, de forma rudimentaria, en el edificio del antiguo Arzobispado de Tacubaya —donde se ubicó, desde 1883, el Observatorio Astronómico—, por lo que se conoció con el nombre de “Museo de Tacubaya”. Sus acervos originales se dividieron en varias secciones: Geología, Paleontología, Botánica y Zoología. Además de las muestras naturales, contó con dibujos y numerosas fotografías.

El segundo y último director de este Museo fue el médico Jesús Díaz de León, quien incrementó y catalogó los acervos. Años más tarde, cuando el gobierno de Porfirio Díaz construyó en la misma zona un nuevo observatorio, las colecciones de este museo se concentraron en el Museo de Historia Natural, ya en el edificio de El Chopo, y dirigido por el propio Jesús Díaz de León.

En un ambiente protector de la ciencia como elemento fundamental para alcanzar el conocimiento, el interés por crear herbarios en los establecimientos de estudios superiores se extendió también al sistema educativo elemental. Se hizo cada vez más frecuente la solicitud de ejemplares naturales para formar pequeños “museos escolares” en escuelas primarias y otros centros educativos. En 1882 apareció el segundo *Catálogo de colecciones del Museo Nacional* —el primero se había publicado treinta años antes, en 1852—, y en 1885 se trasladó a las instalaciones de la institución el gran monolito que, desde 1790, estuvo a un costado de la torre poniente de la Catedral.

Un año después ingresaron algunas piezas arqueológicas de gran tamaño, y las que habían permanecido en el patio de la Universidad se colocaron en la gran galería recién construida frente al portón del Museo, misma que se inauguró solemnemente el 16 de septiembre de 1887. Ese mismo año se creó una sección de Antropología y otra de Etnografía, que más tarde se convirtieron en departamentos, formándose así los de Anatomía comparada, Teratología (monstruosidades), y Zoología y Botánica aplicadas.

En el mismo año se emprendió la primera expedición científica con carácter arqueológico a Teotitlán y a Cuicatlán, en el

estado de Oaxaca, y el general Porfirio Díaz inauguró la gran galería de monolitos. Por ese entonces, las colecciones arqueológicas habían aumentado considerablemente; las de Historia Natural llegaban casi a noventa mil piezas, y sólo las de Historia eran un tanto reducidas.

Por agosto de ese año se emprendió otra exploración científica, también de carácter arqueológico, a Zempoala, en el estado de Veracruz, que sin duda fue la más importante de esa época.

Asimismo, se hizo necesaria la creación del Departamento de Etnografía, que anteriormente había sido sólo una sección, y se restableció la de Antropología también como un departamento, mejor constituido y ubicado en un salón especial.

A pesar del impulso que Jesús Sánchez, director del Museo Nacional, otorgó a las áreas naturales del establecimiento para vincularlas a la actividad educativa de la época, el gobierno benefició ampliamente a las áreas sociales. Las resoluciones de los Congresos Nacionales de Instrucción en 1889 y 1890, que buscaron la creación de una “Escuela Nacional Mexicana” basada en los estudios del pasado, así como los intereses por la historia de Francisco del Paso y Troncoso, quien colaboraba eventualmente en el museo, cambiaron el aspecto de éste; después de todo, existían otras instituciones que exhibían colecciones científicas y sólo un Museo Nacional para mostrar los temas del pasado. En enero de 1890 Jesús Sánchez renunció tanto a la dirección como a su participación en el Departamento de Historia Natural y, al cabo de unos años, el historiador del Paso y Troncoso partió a Europa como director en misión y su lugar lo ocupó su ayudante, Jesús Galindo y Villa, mientras que la dirección estuvo a cargo del naturalista Manuel Urbina, quien se preocupó por fortalecer, nuevamente, la sección científica por medio de acervos y catálogos especializados.

Aun cuando el espacio destinado a las colecciones científicas y naturales ocupó buena parte del establecimiento, el renombrado biólogo –responsable de la sección de Antropología–, Alfonso L. Herrera difería con la manera de exhibir las especies naturales. Por ello, siguiendo a teóricos de museos y las teorías evolucionistas de la época, propuso una reestructuración en la presentación tradicional de las piezas, ya que ésta resultaba rígida y fuera de contexto de su medio natural. Herrera sugirió la necesidad de crear un Museo de Historia Natural.

Fue durante la gestión de Justo Sierra como secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes que el Museo Nacional progresó con mayor rapidez. Abrió clases de antropología, etnología, arqueología, historia e idioma mexicano, en las que pensionó a alumnos con la obligación de presentar anualmente trabajos

escritos sobre puntos concretos de esas materias. Aumentó de modo extraordinario sus colecciones: las arqueológicas con la adquisición de varios museos particulares y con el ingreso del tercer tablero de la Cruz de Palenque, que el gobierno de los Estados Unidos devolvió a México, y las históricas con la adquisición de treinta y cuatro cuadros al óleo, como los retratos de varios reyes españoles, los de Agustín de Iturbide y su esposa, Napoleón III y la emperatriz Eugenia, y los de Maximiliano y Carlota, entre otros; la mesa ante la cual se juró la Constitución de 1857, un monetario y una colección de timbres, tarjetas, sobres, fajillas, etcétera. Con los adelantos científicos de principios de siglo, los especialistas propusieron, en agosto de 1902, la creación de un Museo de la Paleontología Nacional Mexicana, al mismo tiempo que se resaltó la intención de separar las colecciones naturales de las de historia.

También se apoyaron las excursiones de investigación y estudio por parte de los profesores y alumnos; se publicó la primera etapa del *Boletín*, cuya duración fue de tan sólo cinco meses –de enero a mayo de 1903–, y en julio del mismo año inició la segunda temporada con un formato distinto, hasta junio del año siguiente. Asimismo, terminó la primera época de los *Anales* e inició una nueva en julio del mismo 1903.

La necesidad del presidente Díaz de mostrar al mundo el progreso de su gobierno llevó a enviar al extranjero muchas piezas de colección. Así, el arte nacional contemporáneo, basado en importantes pasajes del pasado, se aprovechó para presentarlo en las exposiciones internacionales, como la de Filadelfia, en 1876; la Conmemoración del Cuarto Centenario del Descubrimiento de América, en 1892, en Madrid; la Colombina de Chicago, en 1893; la de París, en 1900; la de Búfalo, en 1901, y la de San Luis Missouri, en 1904, entre otras.

En esta última, México obtuvo varios premios y el museo multiplicó sus publicaciones al editar algunas obras antiguas inéditas y reim-



**Figura 10.** Kiosko morisco, pabellón de México en la Exposición Universal. Feria de San Luis Missouri.

primir varios libros raros. Su biblioteca se extendió y se trasladó del local que ocupaba el Departamento de Antropología al primer salón de cerámica arqueológica, en la planta alta. Semejante desarrollo volvió insuficiente el edificio donde se encontraba el museo, por lo que se pensó en llevar a la práctica una proposición que el licenciado Alfredo Chavero había hecho a fines de 1903, cuando se encargó de la Subdirección del Instituto: separar la vasta sección de Historia Natural y formar con ella otro museo.

Por otro lado, hacia finales del siglo XIX y principios del XX, se insistió nuevamente en el establecimiento del jardín botánico; hubo propuestas para instalarlo en el estado de Morelos y, hacia 1904, cuando ya se pensaba en separar las colecciones naturales de las históricas del Museo Nacional, se intentó adjuntarlo al nuevo Museo de Historia Natural como Jardín Botánico y de Aclimatación, en un espacio al oriente de la Escuela de Agricultura, con el objetivo de cultivar el mayor número posible de las especies más interesantes y exóticas de la flora mexicana, por la importancia de sus aplicaciones. Nada se logró y la organización del jardín quedó pendiente para una época posterior a la Revolución Mexicana, por iniciativa del eminente biólogo Alfonso L. Herrera.

Aunque los acervos naturales e históricos permanecieron bajo el mismo techo a lo largo

del siglo XIX, el desmedido crecimiento de las colecciones obligó a su separación definitiva. Para 1907 inició la planeación de los festejos del primer centenario de la Independencia de México, y fue entonces cuando se concretó, finalmente, la idea de convertir al Museo Nacional en el eje de las conmemoraciones y en el escaparate oficial del pasado de México, desde los tiempos más antiguos hasta el gobierno del general Porfirio Díaz. Esto provocó la salida de la sección de Ciencias Naturales del Museo para, en un primer intento, anexarla a las colecciones que el gobierno guardaba en Tacubaya; más tarde se decidió trasladarla al llamado Palacio de Cristal, en la calle del Chopo número 10. Jesús Sánchez y Manuel Villada, naturalistas decanos del museo, se opusieron a la mudanza argumentando los inconvenientes de un edificio de hierro, tabique prensado y cristal, diseñado al estilo *art-nouveau* y alejado del centro de la ciudad.

Sin embargo, el 28 de enero de 1909 el titular del ejecutivo dispuso que desde el primero de febrero se independizara ese departamento para constituir el “Museo Nacional de Historia Natural” destinado a conservar las colecciones científicas y que, en adelante, la institución conocida como “Museo Nacional”, se denominara “Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía”, reservado únicamente para las colecciones históricas.

Para hacer posible esta separación, y las reformas correspondientes, el museo cerró sus puertas por largos meses en los cuales se trasladaron las colecciones de historia natural a la primera calle del Chopo, sin los cuidados necesarios en los sistemas de empaque y embalaje para la preservación de los ejemplares, ya que se improvisó el traslado de los objetos con vigilantes y mozos del museo. Pero además, como este edificio estaría destinado temporalmente para la exposición japonesa conmemorativa del centenario, la mudanza del Departamento de Historia Natural se hizo a la calle de Santa Inés número 5, donde las piezas permanecieron empacadas durante varios años, hasta el primero de diciembre de 1913, cuando se inauguró el Museo Nacional de Historia Natural en su nueva sede de El Chopo; su director fue el doctor Jesús Díaz de León. En este museo se concentraron, definitivamente, los acervos del Museo Nacional, el Museo de Tacubaya y los del Instituto Médico Nacional, además de otros adquiridos a través del tiempo.

Por otra parte, con motivo de conmemorar el primer centenario del inicio de la Independencia, se requería que el Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía mostrara dignamente el fin para el cual fue creado, por lo que se hicieron

obras de ampliación, reparación y nueva disposición de casi todos los departamentos. Día y noche se trabajó en la reestructuración; se amplió el Departamento de Arqueología al igual que el de Historia, y se destinó un salón especial para los códices o escrituras jeroglíficas de los antiguos mexicanos, y otro para las piezas de gran formato y los relieves arqueológicos.

Al mismo tiempo se emprendió la publicación de dos obras monumentales: una colección de “Documentos Históricos Mexicanos de la Guerra de Independencia”, la cual se calculaba constaría de dieciocho a veinte tomos, y de los cuales sólo se publicaron siete, y una obra sobre “Arquitectura Colonial”, de la que se publicó un tomo años después. Además, se reconstruyó el itinerario de Miguel Hidalgo, desde el lugar de su nacimiento hasta el de su muerte, se abrió un concurso histórico sobre temas de la Independencia y se inició la tercera temporada de los *Anales* del museo.

Terminados los trabajos, el museo abrió sus puertas el 28 de agosto de 1910. El presidente Porfirio Díaz asistió a la reapertura y, sin un acto oficial, recorrió todas las salas del museo acompañado del secretario de Instrucción Pública, don Justo Sierra, y del director del Museo, licenciado Genaro García, entre otras personalidades.

Las esperadas fiestas del centenario iniciaron el primero de septiembre, y al día siguiente, desde Cuitzeo de los Naranjos, Guanajuato, llegó a la ciudad de México la pila donde fue bautizado Miguel Hidalgo, acompañada por una comitiva encabezada por la señorita Guadalupe Hidalgo, nieta del caudillo. Esta pieza se resguardó en la Galería de Historia junto a otras reliquias de Hidalgo, como fue el confesionario del propio cura, enviado desde Dolores en enero de ese año.

En el mismo mes de septiembre, ingresaron al acervo del Museo el retrato auténtico, el uniforme y otras reliquias de José María Morelos que, habiendo permanecido en el Museo de Artillería de Madrid, fueron devueltos por el gobierno español al presidente Díaz.

### Museos y Revolución

Puede asegurarse que desde 1907 a 1911, es decir, en la pos-trimerías del gobierno porfirista, la institución llegó a su mayor apogeo y lo continuó aún con la renuncia del general Díaz y la presidencia de Francisco I. Madero. A finales de 1911 se restableció el antiguo Departamento de Antropología y se incorporó a la institución la Inspección de Monumentos Arqueológicos de la República.



Figura 11. Justo Sierra, AGN, Colección Fotográfica de Propiedad Artística y Literaria, Charles B. Waite.



Figura 12. Pila bautismal.



**Figura 13.** José Vasconcelos, Archivo José Vasconcelos.

La caída del general Huerta, la época revolucionaria y la precaria situación económica por la que atravesó el país durante esos años no impidieron que la institución lograra grandes mejoras. Sin embargo, perdió sus cátedras, mismas que se impartieron en la Escuela de Altos Estudios; la Inspección de Monumentos Arqueológicos se incorporó a la Secretaría de Fomento, y la de Monumentos Históricos cambió su nombre por el de Inspección de Monumentos Artísticos.

En cambio, en junio de 1916 aumentó considerablemente el acervo de su colección al incorporar las reliquias históricas y la colección de armas que integraban el Museo de Artillería. En marzo del siguiente año, adquirió la Colección Alcázar, compuesta de más de diez mil objetos etnográficos de la época virreinal y moderna, así como multitud de piezas provenientes de algunos templos clausurados como San Diego, la Encarnación, Santa Teresa y San Hipólito, confiscadas en las aduanas, sin faltar las donaciones.

De esta manera, se trasladaron de la Biblioteca Nacional al Museo treinta y dos códices pertenecientes a la famosa Colección Boturini; el resto de la vajilla de plata Christoffle de Maximiliano, guardada en el comedor de Palacio Nacional; la mascarilla auténtica del propio emperador y el piano de su esposa Carlota.

De poco más de treinta y cinco mil piezas con que se quedó el Museo al dividirse en 1909, sus colecciones aumentaron a más de cincuenta mil objetos, sin contar con los guardados en las bodegas por falta de espacio para su exhibición; solamente bajo el gobierno de Venustiano Carranza ingresaron alrededor de quince mil.

También durante el gobierno de Carranza se emprendieron grandes obras para reparar el edificio, que comenzaron en julio de 1916 y concluyeron en marzo de 1920.

Desde su formal creación hasta 1905, el museo dependió, en un primer momento, de la Secretaría de Estado y después de la Secretaría de Justicia; en mayo de ese año estuvo bajo las órdenes de la recién constituida Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes. Suprimidas ambas dependencias por la Constitución de 1917, el museo quedó bajo la custodia de la Universidad Nacional, o mejor dicho, del Departamento Universitario y de Bellas Artes, pero pronto fue dependencia del Ministerio de Educación Pública, creado en octubre de 1921.

Conforme a su reglamento, formulado en 1918 y aprobado en enero de 1919, el Instituto se denominó “Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía” con el objetivo de adquirir, clasificar, conservar, exhibir y estudiar los objetos relativos a la antropología física, etnología, arqueología e historia de México, así como la investigación científica, exploración y divulgación de estas materias.

A partir de la administración de Álvaro Obregón (1920-1924), y principalmente de la destacada colaboración de José Vasconcelos como secretario de Educación Pública, las colecciones de arte, ciencia e historia, junto con otras ya consolidadas como las de arqueología y etnografía, fueron reimpulsadas para el deleite, el estudio y el fomento del sentimiento nacionalista, al acondicionarse nuevas áreas para que el conocimiento y el arte compartieran un mismo espacio en las escuelas, edificios y espacios abiertos.

### El museo en Chapultepec

En el documento del 3 de febrero de 1939 el presidente de la República, general Lázaro Cárdenas del Río, decretó que el emblemático Castillo de Chapultepec se convirtiera en sede del Museo Nacional de Historia.

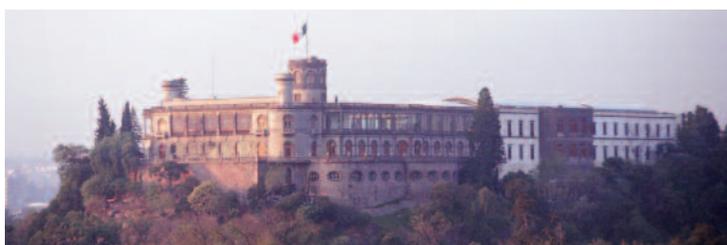
Las labores de readaptación para incorporar a los muros y columnas del edificio una de las colecciones más ricas y variadas del enorme patrimonio cultural de nuestro país se prolongó por cinco años, hasta que el 27 de septiembre de 1944 el Museo

Nacional de Historia, Castillo de Chapultepec, abrió sus puertas a mexicanos y extranjeros para dar a conocer la historia y arte de México.

En 1964, los acervos de arqueología y de historia natural se trasladaron a sus recintos actuales, cuando en el Bosque de Chapultepec se construyeron los modernos espacios destinados al Museo Nacional de Antropología y el Museo de Historia Natural, orgullo de todos los mexicanos.



**Figura 14.** Imágenes de la inauguración del Museo Nacional de Historia, Castillo de Chapultepec, el 27 de septiembre de 1944.



**Figura 15.** Castillo de Chapultepec en la actualidad.

**Susana Avilés Aguirre** es historiadora. Su compromiso profesional se ha encaminado a la divulgación del conocimiento del pasado por medios modernos. Ha sido autora de audioguiones para museos y zonas arqueológicas en diversas partes del país. Actualmente es documentadora en el proyecto Foro Bicentenario, de la Comisión Nacional Conmemorativa de los Festejos del Bicentenario de la Independencia y Centenario de la Revolución Mexicana-2010.

susyaviles@hotmail.com

### Bibliografía

- Anales del Museo Nacional de Historia.*  
*Arqueología mexicana* (2006), núm. 78, *Las flores en el México prehispánico*, marzo/abril, editorial Raíces.  
 Casasola Gustavo (1978), *Seis siglos de historia gráfica de México*, tomo 4, México, Editorial Gustavo Casasola.  
 Castillo Ledón, Luis (1924), *El Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, 1825-1925. Reseña histórica escrita para la celebración de su primer centenario*, México, Talleres Gráficos del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía.  
*El Imparcial*, México, 15 de enero de 1909 y 29 de agosto de 1910.  
 Fernández, Miguel Ángel (1988), *Historia de los museos de México*, México, Banco Nacional de México.  
 Galindo y Villa, Jesús (1922), *El Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, México, Imprenta del Museo Nacional.  
*La Gaceta de México* (1790), México, 15 de octubre.  
 Rico Mansard, Luisa Fernanda (2004), *Exhibir para educar. Objetos, colecciones y museos de la ciudad de México (1790-1910)*, Barcelona-México, Ediciones Pomares.  
 Rodríguez Herrera, José Luis (2009), *Paseador. Nostalgias de la Ciudad de México*, México, Ediciones Punto Fijo.  
 Vázquez Olvera, Carlos (1997), *El Museo Nacional de Historia en voz de sus directores*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/ Instituto Nacional de Antropología e Historia.  
 Villalpando, José Manuel y Alejandro Rosas (2003), *Historia de México a través de sus gobernantes*, México, Planeta.